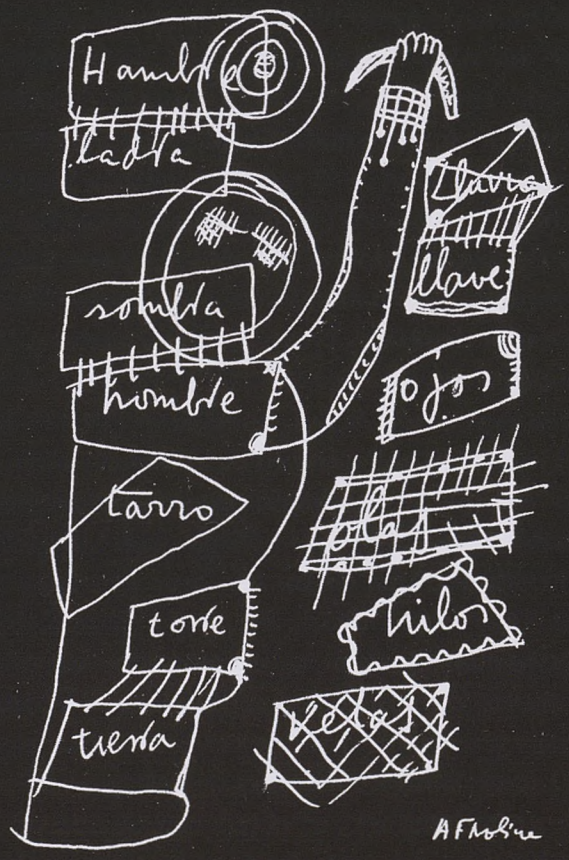
EL UNIVERSO CREATIVO DE ANTONIO FERNÁNDEZ MOLINA

María Reguillo Moreno

Queremos expresar aquí nuestro mayor agradecimiento a ESTER FERNÁNDEZ ECHEVERRÍA, hija del escritor y pintor ANTONIO FERNÁNDEZ MOLINA, por su generosa cesión de algunos cuentos y poemas visuales inéditos de su padre que reflejan muy bien la originalidad y versatilidad de su obra creativa. Un placer para Campo de Agramante.

el universo CREATIVO de ANTONIO FERNÁNDEZ MOLINA

Raúl Herrero



Hambre ladra sombra hombre tarro torre tienda lluvia llave ojos olas hilos velas

Doce años después de su muerte, acaecida el 20 de marzo de 2005, me sigue dejando petrificado que la memoria de Antonio Fernández Molina (Alcázar de San Juan -Ciudad Real-, 1927-Zaragoza, 2005) persista, en ciertos aspectos, en la clandestinidad, cual trasunto de su «teatro sumergido». En el ahora lejano 1991 Ricardo Senabre se quejaba en las páginas de *ABC Cultural* (26 de octubre), en una crítica que tenía por

finalidad la nueva edición del libro de relatos de A. F. Molina *En Cejunta y Gamud*, con las siguientes palabras: «Hay escritores de los que apenas se habla. Hay libros minoritarios desde su propia concepción, que acentúan ese carácter al circular por vías marginales, apartados de los grandes circuitos de distribución. [...] Antonio Fernández Molina es uno de esos escritores; el libro de relatos *En Cejunta y Gamud*, una de esas obras de las que no se habla. Apareció por vez primera en Venezuela, en 1969, y alcanzó el título de mejor libro extranjero del año. Si no me traiciona la memoria, aquí nadie dijo nada. Aquella primera edición venezolana resultó, además, involuntariamente amputada. Se reedita ahora en España el texto completo, y me temo que nadie dirá tampoco nada. Ojalá me equivoque, porque no es agradable convertirse en la excepción de la regla sin haberlo pretendido».

Como no se haya en mi ánimo el quebrantar la verdad resaltaré que tras el paso al otro lado de Fernández Molina se han dado pasos para su reivindicación. Y creemos que los esfuerzos no han sido del todo vanos: Fernando Vals destacó su papel como cultivador de relatos breves, «microrrelatos»; Irene Andrés Suárez lo incluyó en su *Antología del microrrelato español (1906-2011)* (Cátedra, 2012); Chus Tudelilla comisarió la exposición *El poeta multiplicado* (14 de diciembre de 2005-25 de febrero de 2006) lucida en el Paraninfo de Zaragoza como homenaje al autor tras su «ocultación», a la que se acompañó con un catálogo con reveladoras colaboraciones (José-Carlos Mainer, Eduardo Moga, José Luis Calvo Carilla, Alejandro J. Ratia, Ester Fernández, una de las seis hijas de nuestro poeta-pintor, Juan Manuel Bonet, Luis Alberto de Cuenca, Fernando Arrabal, la propia Tudelilla y el que emborrona estas cuartillas); en los últimos años han continuado las muestras, homenajes y nuevas publicaciones; su hija Ester y el realizador Luis Vidal pusieron en pie el muy interesante documental *A. F. Molina, un poeta incómodo* (2009) (incluido en el DVD, junto a otros materiales de gran provecho, que complementa el libro que nos trae a estas páginas), en el que más de una veintena de personajes de la cultura glosan la figura del poeta desde su juventud en Guadalajara hasta su madurez en Zaragoza, pasando por la etapa de secretario de redacción de la revista *Papeles de Son Armadans* de Camilo José Cela. En un momento de la proyección una voz en *off*, la de su hija Ester, constata: «Cuantos más textos, recortes de periódicos, cartas leía, más y más interrogantes se iban abriendo. Y menos comprendía cómo una obra de tal intensidad y magnitud todavía permanecía casi oculta». También María Reguillo Moreno en su ensayo *El universo creativo de Antonio Fernández Molina* (Patronato Municipal de Cultura, Alcázar de San Juan, 2016), motivo por el que habito ahora en estas páginas, insiste en este punto: «... aquellos que lo conocieron, compartieron experiencias y apreciaron su talento coincidieron en el escaso

reconocimiento que el artista ha recibido para el que verdaderamente merecía [...] fue un referente y un referido de una época, al que pocos actualmente han prestado importancia».

¿Por qué un poeta incómodo?, tal como reza el título del documental ya citado. Podríamos perdernos en disquisiciones relativas a su independencia intelectual y artística; también remitirnos a su participación en estéticas arriesgadas como el dadaísmo, el surrealismo, el postismo, el movimiento pánico, la 'patafísica... E invocando tales argumentos acertaría en todo o en parte. Pero hay otra cuestión, entre otras muchas... En A. F. Molina la obra, sea plástica o literaria, se encuentra profundamente vinculada, del mismo modo que lo están sus trabajos en distintos géneros literarios (poesía, narrativa, ensayo, crítica de arte, teatro, guiones cinematográficos, aforismos [musgos] y textos inclasificables) o en diferentes técnicas y soportes artísticos. Estos «vasos comunicantes», que ya señalaron otros antes, como Víctor García de la Concha[1] (partiendo del plano literario) o Carlos Arean[2] (partiendo de la plástica), no impiden establecer la crítica de un poemario o entroncar la vertiente experimental de sus novelas con otros referentes de la época, ni constatar la influencia en su plástica de Klee, Miró, los dibujos de Lorca, Chagall, Wols, Chaissac o Goeritz, pero sí puede suponer un lastre, una dificultad añadida, a la hora de enjuiciar el conjunto de la obra.

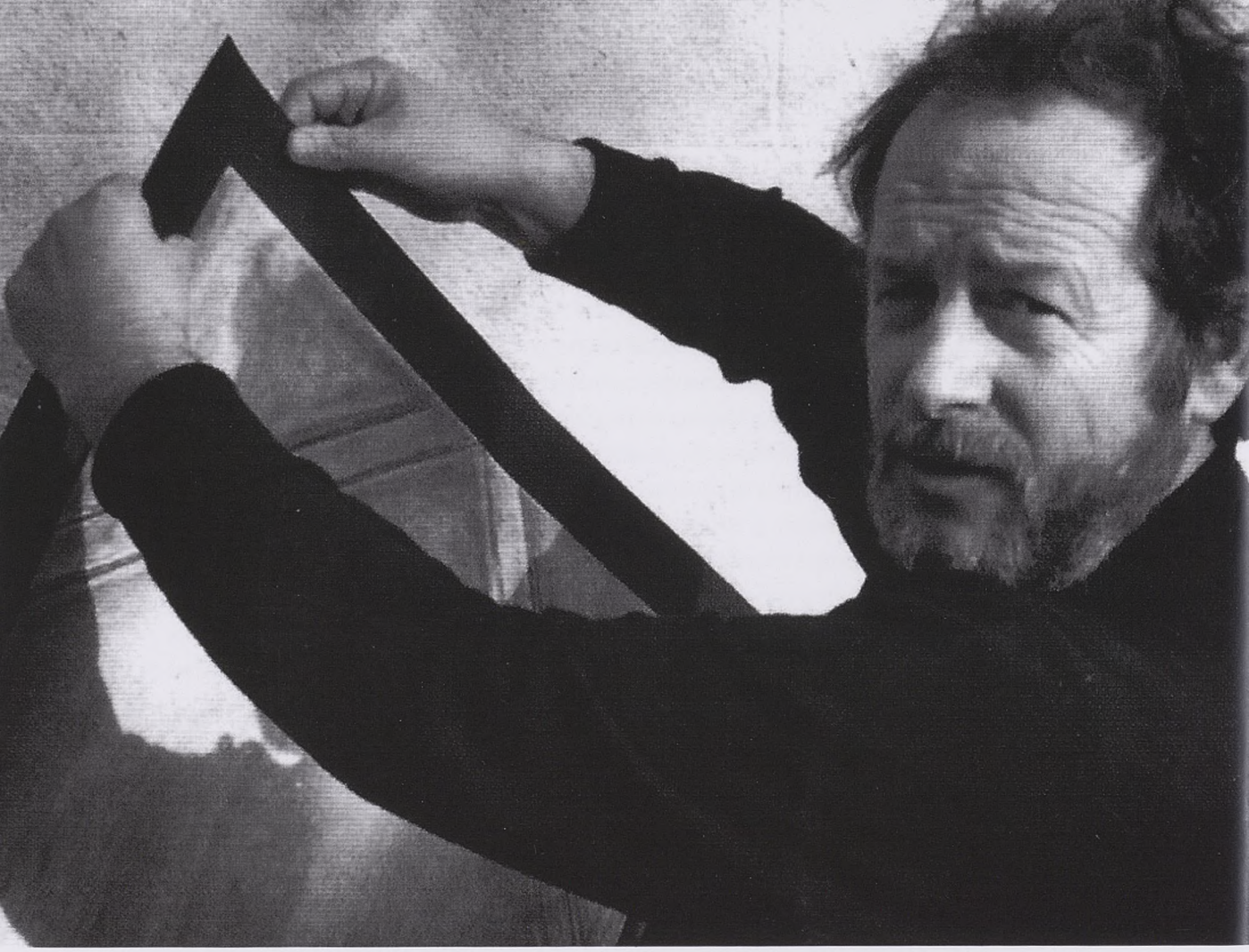
Ni más ni menos que a ese envite se ha atrevido María Reguillo en su trabajo. La osadía de tamaña aventura ya merecería mi reconocimiento. La autora también acierta al incidir en dos cuestiones por las que otros pasaron de puntillas: la estrecha influencia del cine en la obra de Fernández Molina y la creación de un personaje propio en el que la indumentaria del artista se construye como un reflejo (también los espejos son motivo de estudio en el volumen) de su personalidad. ¿Acaso la aparente «normalidad» de algunos no supone un disfraz? Un perverso disfraz.

En relación con el cine viene al caso distinguir esos poemas en los que los objetos y personajes pasan por mil transformaciones y que evocan la técnica cinematográfica del encadenamiento de imágenes («Nubes / como árboles/ suspendidos ante ventanas», en *La flauta de hueso* [1980]), algo también presente

---

1 Víctor García de la Concha en su reseña del poemario *Lluvia de sonetos*, de A.F. Molina, en *ABC Cultural* (20 de agosto de 1993) escribe: «...toda la escritura de Fernández Molina, estrechamente emparentada con su pintura, se mueve entre las derivaciones del postismo y un surrealismo expresionista y lúdico».

2 En *La Estafeta Literaria* (15 de agosto de 1974) Carlos Arean se refiere a los dibujos de A. F. Molina y señala: «Molina convierte en poesía todo cuanto toca, pero lo hace en sus dibujos no como el eximio poeta de la palabra que es, sino en un camino diferente, tal vez todavía más sutil...».



Antonio Fernández Molina (Alcázar de San Juan, Ciudad Real, 1927 - Zaragoza 2005)

en su narrativa. Algunas escenas de sus novelas como en *El león recién salido de la peluquería* (1971) disfrutan de un desarrollo de trávelin. De hecho, su novela *La liebre mecánica* (1996) posee el subtítulo: «Películas de personas, animales y máquinas». A menudo, María Reguillo sustenta sus argumentaciones sirviéndose de la obra dramática de Molina, hasta ahora casi desatendida o mencionada a pie de página. Y, de nuevo, supone un acierto la vinculación de lo cinematográfico con esas piezas breves, que no son irrepresentables, sino que se comprenden como breves cortometrajes, por lo que hunden su materia en la estética del cine. La tertulia «Pan y Vino», que animó junto a otros amigos Fernández Molina en la Guadalajara de posguerra, se prolongaba con un cineclub. En esos años el director Miguel Picazo, compañero de tertulia, entraba en la Escuela de Cine. Molina no siguió sus pasos por lo escaso de sus recursos económicos. Pero ahí queda ese testimonio de amor por el cine en sus poéticos guiones cinematográficos y en ensayos como el publicado junto a Víctor Lope: *Goya en la prehistoria del cine* (Gobierno de Aragón, 1997). Además de *UOEIA*, un breve cortometraje experimental rodado en Mallorca.

Principia el ensayo con el capítulo: «Un poeta que pinta». Molina lo repitió mil veces en entrevistas y lo escribió con diferentes máscaras, en su opinión gran parte del mérito de una obra pictórica, de un ensayo, incluso de una reseña, de cualquier actividad artística, estribaba en lo que comprendía de poética. En muchos aspectos A. F. Molina se sentía próximo a Jean Cocteau, que se sirvió de lo plástico y de lo literario, además del cine.

En su ensayo sobre el escultor Juan Fontecha (Fernando Sanz Posa editor, 1986) Fernández Molina ofrece importantes pistas de su perspectiva sobre lo artístico: «Ser artista es una manera de ser hombre acorde con otras muchas, acaso con todas las maneras de serlo. [...] el arte cuenta en la vida de los hombres mucho más de lo que habitualmente se piensa. Pero normalmente se acepta como arte solo algunos de sus aspectos, importantes sin duda, pero no únicos, ni de un mayor valor frente a los otros. El enumerar las actividades artísticas nos llevaría a enumerar casi todas las artesanías. Las del adorno y aseo personal y del medio en que se vive...». En sus teorías encontramos resonancias del *Art Brut* de Jean Dubuffet.

María Reguillo sitúa la biografía de Fernández Molina desde sus comienzos, primero en lo literario, luego en lo plástico. Así sabemos de su nacimiento en Alcázar de San Juan y de la mitología que Molina establece en torno a la localidad quijotesca, puesto que él mismo, en ocasiones, se siente un trasunto del Quijote y siempre un admirador de Cervantes. Por supuesto tenemos noticias de la revista (1951-1955) y colección de libros *Doña Endrina* (1953-1958), bajo la batuta de Fernández Molina, acompañando a otras de la época como *Deucalión, El pájaro de paja, Trilce*, etc., (la primera dirigida por Ángel Crespo, también la segunda junto a Gabino Alejandro Carriedo y Federico Muelas, la tercera capitaneada Antonio Leyva y José Antonio Suárez Puga) que caminaban en pos de nuevas poéticas; si bien en ellas conviven diversas expresiones de la época, en especial mantienen un vínculo con lo postista por medio del «realismo mágico», que pretendía distanciarse del Postismo de segunda hora y que terminó resultando una de las claves de su perduración y afianzamiento.

Fernández Molina se acercó, junto a José Fernández-Arroyo, a la inauguración de la exposición postista de 1948 en la Galería Bucholz de Madrid. Recordaba Molina en una conversación la imponente presencia de Eduardo Chicharro con su pelo de cepillo. Con Carlos Edmundo de Ory, al que Molina admiraba, mantuvo correspondencia y relación cordial. El tercer fundador del movimiento Postista, Silvano Sernesi, publicó su último poema conocido en las páginas de *Doña Endrina*. Entre Molina y Carriedo se estableció una estrecha

amistad hasta el fallecimiento del segundo. Molina citaba a Carriedo y Miguel Labordeta, que lo nombró secretario de su revista *Despacho literario* (1960-1963), como sus amistades «del alma». De Félix Casanova de Ayala publicó uno de sus libros más postistas: *La vieja casa* (1953). Empero si analizamos la poesía de Fernández Molina de la década de los 50 encontramos un Postismo de baja intensidad, con excepciones; incluso se nos antoja más razonable vincularlo con el surrealismo, tal es el caso de *El cuello cercenado* (1955), que nuestro poeta tenía por su obra más lograda. Incluso confiesa haberse entregado a la escritura automática en el poemario *Las fuerzas iniciales* (1956)[3]. Con el paso de los años Fernández Molina menciona el Postismo para resolver las claves de su estilo, también los que se ocupan de su obra. Y, lo que resulta más interesante, también emparenta su narrativa con la estética postista. En este sentido, José Luis Calvo Carilla ha trazado varios escritos como los artículos: "Del postismo iniciático al dialéctico: las novelas de Antonio Fernández Molina" (*Barcarola*, núm. 50, 1987) y "La obra literaria de Antonio Fernández Molina" (*Turia*, núm. 83, 2007). Lo mismo sucede con la plástica. En los años 50 acomete obras próximas a Klee, al informalismo, en algunos experimentos con humo, al expresionismo abstracto... En 1968 expone en una individual doble, es decir, se estrenan juntos Antonio Beneyto y Molina en las Galerías Costa de Palma, ambos como escritores-pintores. A partir de ese momento la obra de Molina se acerca a esa nueva figuración a la que va añadiendo sus característicos colores primarios y casi «salvajes», *fauvistas*, a los que nos tiene acostumbrados. Con el tiempo Molina mencionará el Postismo para definir su obra plástica. Por otra parte, Antonio Beneyto se convertirá en uno de los defensores y baluartes del Postismo hasta nuestros días.

Un año más tarde, el Día de Todos los Santos de 1969, en *La Vanguardia Española* Juan Eduardo Cirlot publica una de las críticas más citadas del Fernández Molina pintor «Amanecer de lo informe». Dada la admiración que sentía Molina por el escritor y crítico de arte este escrito supuso una gran motivación. Ese mismo año Juan Víctor Gayá le entrevista para la revista *Bajarí*, Molina responde: «La pintura me apasiona tanto como la literatura y si Cirlot fía tanto de mis posibilidades de pintor, he de intentar dar lo que pueda en este terreno».

Nos habla María Reguillo también de la faceta de crítico de arte de Molina y de cómo la poesía se va adentrando en sus propias reseñas, por ejemplo a la hora

3 La confesión la encontramos en el prólogo que escribió el autor para la segunda edición de este poemario: *Cabeza de árbol. El visitante melancólico. Las fuerzas iniciales* (Hiperión, 1994): «... el libro fue escrito durante la primera mitad de los años cincuenta cuando, aunque mi vinculación estética con el surrealismo era bastante acentuada, me sentía atraído, acaso con mayor intensidad, por el dadaísmo. Escrito prácticamente a través del automatismo...».

de darles nombre, como en el caso de la que escribió tras la muerte de Gala, musa de Dalí: «La muerte se viste de Gala». A sus méritos conviene añadir la búsqueda incesante de lo raro y excepcional. Así se ocupa de la obra literaria de Picasso (*Picasso, escritor* [1988]) y menciona, por primera vez en España, al artista Xul Solar (tal como se reconoce en la página 9 del catálogo de la exposición que dedicó al artista argentino el Museo Reino Sofía en el 2002). En ese mismo deseo de salirse de lo trillado se enmarcan sus estudios sobre la obra pictórica de Victor Hugo, así como las traducciones de poemas de pintores como Wols, Paul Klee, Hans Arp y Max Ernst. En palabras de María Reguillo: «De este modo, Fernández Molina se sitúa en el panorama artístico del momento como el crítico "raro", incómodo e inconformista...».

No olvida la autora ninguna de las claves esenciales para comprender el mundo fernandezmoliniano: lo cotidiano mágico (¿es preciso recordar su *Antología de la poesía cotidiana* [Alfaguara, 1966]?), el mundo infantil (que lo acerca en su versión naíf a las primeras obras de Fernando Arrabal), la imaginación, la intuición, «el mundo transformado», sus heterónimos (como Mariano Meneses, Roberto Goa...), su aura de *flâneur* trasladada al deambular «cósmico» de algunos personajes de sus novelas...

Resulta en especial convincente el capítulo «Un mundo a base de referentes» donde la autora desentraña los temas y la iconografía plástica del poeta-pintor: el colorido, la naturaleza, ese pez omnipresente en su plástica, los caballos...

Por último, deseo volver sobre el título de la propia obra: *El universo creativo de Antonio Fernández Molina*. Conviene al arte multifacético de Molina esa nomenclatura de universo, no de obra, ni de trabajo, sino de «universo» propio al que dio vida un creador original y de extraordinario talento.

Espero que el trabajo de María Reguillo suponga una nueva zancada en el camino hacia el pleno reconocimiento que Antonio Fernández Molina se merece y a la justa valoración de su «universo», de su «cosmología».

Antonio Fernández Molina